

Cynthia Gutiérrez: indicios de (otra) vida

Yuri Herrera

La pregunta era si podía existir vida en otro planeta, y averiguaron que sí, luego la pregunta era en cuál y señalaron en dirección de algunos que se asolean sin llegar a quemarse, como el nuestro. La pregunta que se hacen ahora equipos multidisciplinares de científicos en todo el mundo es si la vida sólo se pudo haber formado bajo las mismas condiciones en que se formó en la Tierra. Con otros elementos, con otra clase de energía. Si esa vida no podrá ser de una forma completamente distinta a como la hemos imaginado, sin latidos, alas o fotosíntesis, vida que hiciera cosas diferentes a las que hacemos. Más allá de la posibilidad de que un día descubramos que sí hay vida y no la hemos podido reconocer porque se parece, digamos, a una pipa (¿quién dice que algunas manchas en los libros no son los campos de trigo en que extraterrestres diminutísimos nos dejan mensajes?) la pregunta obliga a repensar los mecanismos del mundo que sí conocemos y a extrañarnos frente a otras certezas con las que transitamos cotidianamente.

La creación de objetos nuevos que excedan la realidad para acercarnos a lo Real es una de las constantes en la obra de Cynthia Gutiérrez. En su microcosmos las cosas parecen estar hechas de materiales que conocemos pero que operan de otro modo, para descolocar a quien se relacione con ellas. Lo inaudito exige que el espectador deje de ser exclusivamente espectador cuando cuestiona no sólo el propósito de las piezas, sino las cualidades con las que cuenta él mismo para encontrarles sentido.

En *Bing Bang* una lámpara que tiene por foco un rollo de hule-espuma alude al origen, pero a un origen distinto al que hemos imaginado: si hay una luz original, no está hecha de la luz que conocemos. Los nombres que hemos inventado son irremediamente un eterno work-in-progress, una aproximación. Sin embargo eso no quiere decir que las creaciones humanas carezcan de gravedad. La cultura es un artificio, pero puede ser, como en *Night Blooming*, un artificio que da frutos, esferas que brotan de una rama metálica.

Estas piezas nombran algo en sus propios términos, deliberadamente ambiguos: no apuestan a la transparencia inmediata, sino a que la tensión entre sus elementos habilite otra mirada en quien se acerque a ellas. Señalan un límite: el punto hasta el cual funcionan los conceptos y categorías con que nos sentimos cómodos, después del cual hay que recurrir a un extrañamiento creativo. *El fantasma de la libertad* es un anafre, un objeto hecho para cultivar el fuego y garantizar la supervivencia; pero éste es un anafre de madera, que aunque simula tener una cualidad, irremediamente se consumirá antes de cumplir lo que promete. Ése puede ser el efecto real de la "llama de la libertad" que buscan los migrantes cargando con su cultura, o cualquier fuego con el que nos hacemos la ilusión de salir de la oscuridad. La provocación latente en estas piezas la literaliza *Line out*, una cobija que el espectador puede intervenir gracias a que uno de sus hilos atraviesa el cristal hacia la calle; así cualquier transeúnte podría tocar la obra y al jalarla hacia sí, destruir lo que la hacía deseable. Es una cobija hecha para dejar a la intemperie a quien la codicie.

Los objetos enajenados de Cynthia Gutiérrez combinan una aproximación cósmica y una postura política. Plantea el arte como una re-generación violenta del mundo: el arte da cuerpo a seres alternativos que podrían haber surgido durante las diversas edades del tiempo; las formas, los dramas que propone el arte ya están ahí (como el nudo horadado en la corteza de un árbol en el que encaja a la perfección un lápiz), pero el rastro humano añade algo más. Su impronta expresa además la angustia de su fugacidad, y de ella se desprende una irremediable ternura, aun en las escenas más terribles.

Pero la presencia humana no sólo indica nuestra condición efímera, sino también nuestra condición moral, y con ella la responsabilidad de nuestros actos, por más pasajeros que puedan ser. En una época en la que el cinismo normaliza genocidios, devastación ambiental, impunidad, indolencia, el arte puede exponer la ficción que sostiene nuestro estado de cosas. *Decapitados: una decoración para nuestro tiempo* lleva al extremo la actitud de gobernantes y ciudadanos frente a la barbarie: si no vamos a detener nuestra vida cotidiana frente a tal ignominia, si sólo la vemos como un matiz que podemos ignorar, aquí está esta pieza, adornemos con ella nuestra apatía. Y *Notas de carnaval* pone a juicio nuestra autocomplacencia criticando los usos de la razón, al construir un aparato que hace gala de ingenio sólo para facilitar que cualquiera repita —impersonalmente, *eficientemente*—, el espectáculo de las cabezas cortadas que se ha instalado entre nosotros.

Mirar estas piezas, aprehender estas piezas, es una especie de destierro, una expulsión del cómodo sitio desde el cual podemos dejar pasar los días, para ver nuestra normalidad con el asombro, y el susto y la fascinación, con que podría verla alguien venido de otro planeta.